



QUINTA CARTA PASTORAL

DEL ILMO. SR. DR.

D. LEOPOLDO RUIZ

OBISPO DE LEON

CON OCASION DE LA

ENCICLICA DE LA DIVINA EUCARISTIA



BX874
.R85
Q5
c.1

LEON.—1902.

Guadalupana de C. Segura.

603

BX874

.R85

Q5

C.1

003

603



1080027356

QUINTA CARTA PASTORAL

DEL ILMO. SR. DR.

DON LEOPOLDO RUIZ

OBISPO DE LEON

CON OCASION DE LA

ENCICLICA DE LA DIVINA EUCHARISTIA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

LEON.—1902.

TIP. GUADALUPANA DE C. SEGURA *Capilla Alfonsina*
Biblioteca Universitaria

40805

Bx874

.R85

05

QUINTA CARTA PASTORAL

DON LEOPOLDO RUIZ

OBISPO DE LEÓN

ENCICLICA DE LA DIVINA EUCHARISTIA



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



NOS EL DR. D. LEOPOLDO RUIZ, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de León.

Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, al Venerable Clero Secular y Regular, y á todos los fieles de la Diócesis, salud y bendición en Jesucristo Nuestro Señor.

Venerables hermanos é hijos nuestros:

Ansioso en verdad se muestra Nuestro Santísimo Padre, el Señor León XIII, de proporcionar á las actuales necesidades de la Iglesia los remedios más eficaces. Repasando el Venerable Anciano las multiplicadas lecciones llenas de sabiduría cristiana que, en el curso de los 25 años de su Pontificado, ha ido dando á toda la cristiandad, y deseoso de compendiarlas todas, no halló mejor modo de hacerlo que recordando á los hombres el misterio inefable de fe y de amor, en que el mismo Jesucristo quiso compendiar también su vida y ejemplo, sus milagros y su doctrina, es decir, la Divina Eucaristía.

Los Gobiernos no hallarán paz verdadera, ni durable estabilidad, mientras no confiesen y adoren al que es Rey de Reyes, por quien los reyes reinan y los legisladores decretan lo justo; mientras no reconozcan á Jesucristo á quien tenemos real, y vivo en la Sagrada Eucaristía. Los pueblos no serán de cierto felices mientras no aprendan los ricos á ser justos y caritativos, y los pobres á ser abnegados y humildes, y esas virtudes de justicia y caridad, abnegación y humildad fluyen de la Sagrada Eucaristía como de manantial inagotable. Los católicos nada podrán mientras no estén uni-

003603

dos con lazos de verdadera caridad: y el Pan Eucarístico es el símbolo de unión que Jesucristo dejó á los que habían de ser suyos. Jesucristo anhela poder presentar á su Padre celestial, en unión del Sacrificio que El ofreció en el Calvario, víctimas inocentes ó limpias; y la Sagrada Eucaristía es vino que engendra vírgenes, purifica las almas y las lleva hasta sacrificarse por puro amor de quien por amor murió por los hombres.

Escuchemos ya el documento hermosísimo con que el Padre común de los fieles, el Vicario de Jesucristo, nos convida á clavar nuestras miradas en Jesús Sacramentado, llenos de fe en sus promesas y encendidos en el amor que respira este augusto Sacramento.

LEON PAPA XIII

A todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Prelados ordinarios, en paz y comunión con la Sede Apostólica.

Venerables hermanos: Salud y bendición apostólica.

Nos hemos esforzado hasta el presente, en razón del carácter sagrado de Nuestro ministerio, y hasta el último aliento de nuestra vida Nos esforzaremos, mediante el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo, en considerar y seguir los ejemplos de admirable solicitud por la salvación de los hombres, que, por modo tan sublime, dió el mismo divino Redentor. Viviendo en una época que se muestra tan violentamente hostil á la verdad y á la justicia, jamás hemos cesado, cuanto ha estado de nuestra parte, como de ello es nuevo testimonio Nuestra reciente Carta Encíclica, de dar al mundo las enseñanzas y avisos adecuados, y de adoptar las determinaciones que Nos parecen más eficaces, así para evitar la difusión de múltiples errores como para reanimar el vigor de la vida cristiana. De estas resoluciones hay dos de muy reciente fecha que íntimamente se corresponden, y cuyo recuerdo Nos sirve de oportuno consuelo en medio de tantas causas de tristeza como Nos agobian. La primera es que Nos pareció sobremanera saludable consagrar con especial solemnidad todo el género humano al Sagrado Corazón de Cristo, Redentor Nuestro, y la segunda, haber exhortado vivamente á todos los hombres que profesan la fe cristiana á unirse con aquél que divinamente es para los individuos y las sociedades, «el Camino, la Verdad, y la Vida.»

Nuestra misma caridad apostólica, velando por los destinos de la Iglesia, Nos decide, y en cierto modo Nos impulsa ahora á poner remate á Nuestros propósitos, recomendando con nuevas ins-

tancias al pueblo cristiano la devoción á la Sagrada Eucaristía, porque es don divino salido de lo íntimo del Corazón del mismo Redentor, que deseó con vivo deseo esta unión especialísima con los hombres, y que, además, es muy propia para asegurar con abundancia los frutos saludables de la Eucaristía.

En virtud de Nuestra autoridad é inspirados por este mismo celo, ya hemos adoptado antes de ahora diversas resoluciones en este orden de ideas. Entre otras, Nos es grato recordar que hemos robustecido con Nuestra aprobación y enriquecido con insignes privilegios á numerosas instituciones y asociaciones dedicadas á la adoración perpetua del Santísimo Sacramento; que hemos procurado que los Congresos Eucarísticos se reúnan con la conveniente solemnidad y produzcan los debidos frutos, y que estas obras y todas las análogas hemos puesto bajo el celestial patrocinio de San Pascual Bailón, que fué devotísimo del augusto misterio de la Sagrada Eucaristía.

Así es que Nos place, Venerables Hermanos, hablaros de algunas cosas relativas á este misterio, en cuya defensa y gloria se empleó siempre la solicitud de la Iglesia, de que dan testimonio esclarecido muchos mártires, como también el celo de hombres doctísimos y elocuentísimos y el magisterio de las artes nobles, y Nos proponemos hacer más evidente y poner más de relieve la virtud de la Sagrada Eucaristía, especialmente en lo que toca á su grandísima eficacia para remedio de las actuales necesidades. Y porque hallándose á punto de terminar su vida mortal, Nuestro Señor Jesucristo dejó este monumento de su inmenso amor hacia los hombres y este poderoso auxilio para la vida del mundo (1) nada podemos desear más grato, Nos que estamos cerca del término de la vida, que reanimar y fortificar en todas las almas los afectos de gratitud y devoción á este admirable Sacramento, en el cual creemos que tienen su principal fundamento la esperanza y la seguridad de la salvación y la paz, que ardientemente solicita el deseo de todos.

Ciertamente, no faltarán hombres que se maravillen al vernos juzgar que, principalmente por estos remedios y esta fuerza, se ha de procurar alivio á un siglo tan profundamente revuelto y agobiado por tan graves males; acaso estos hombres recibirán Nuestras palabras con desdeñoso fastidio. Más esto ha de atribuirse en primer término al orgullo, porque cuando este vicio penetra en las almas, inevitablemente languidece en ellas la fe cristiana, que exige una religiosa sumisión del espíritu, y necesariamente las envuelven horribles tinieblas que les impiden conocer las verdades divinas. A muchos de estos desgraciados es aplicable esta palabra:

(1.) San Juan, VI, 52.

«*Blasfeman de todo lo que no conocen*» (1.) Léjos de renunciar por eso á Nuestro designio, estamos resueltos á insistir con más vivo ardor en iluminar á los que están animados de buenas intenciones, en implorar con religiosa y fraternal oración que Dios perdone á los que hacen burla de las cosas sagradas.

Conocer con fe perfecta la virtud de la Sagrada Eucaristía tal como es, vale lo mismo que conocer cuál es la obra que en beneficio del género humano, Dios hecho Hombre, llevó á perfección por su poderosa misericordia. En efecto, así como á la verdadera fe corresponde confesar y honrar á Cristo, Señor Nuestro, como soberano autor de nuestra salud, que por su sabiduría, sus leyes, sus enseñanzas, sus ejemplos y por la efusión de su sangre renovó todas las cosas, así también debe reconocerle y adorarle presente en la Sagrada Eucaristía donde quiso quedarse para permanecer verdaderamente entre los hombres hasta la consumación de los siglos, y como maestro y buen pastor é intercesor gratísimo al Padre que saca de sí mismo y reparte en perenne abundancia los beneficios de la redención que consumó.

Así, pues, quien religiosa y atentamente considere estos beneficios que dimanar de la Sagrada Eucaristía, verá resplandecer en primer término el que contiene á todos los otros; porque, en efecto, la Eucaristía comunica á los hombres aquella vida que es vida verdadera: «*El pan que yo daré es mi misma carne por la vida del mundo*» (2.) Como hemos dicho en otra ocasión, Cristo es vida de varias maneras. El mismo dió por razón de haberse hecho hombre su voluntad de comunicarnos una segura abundancia de vida más que humana: «*Yo he venido para que tengan vida y la tengan con más abundancia*» (3.) En efecto, «*después que Dios vuestro Salvador manifestó su benignidad y amor para con los hombres*» [4,] sabido es que surgió una fuerza creadora que renovó todo orden de cosas y se infiltró en las venas de la sociedad doméstica y civil.

Nuevos lazos unieron á unos hombres con otros, estableciéronse nuevas leyes y nuevas obligaciones públicas y privadas; se abrieron nuevos horizontes á las instituciones, á las artes y las ciencias, y lo que vale más, la voluntad y el corazón de los hombres se inclinaron á la verdad de la religión y la pureza de costumbres. Y esto no fué todo, sino una vida verdaderamente celestial y divina fué comunicada al hombre, como dan á entender estas expresiones que se repiten frecuentemente en las Sagradas letras: «*leño de vida, palabra de vida, libro de vida, carne de vida, y, especialmente, pan de vida.*»

- (1.) San Judas, 10.
- (2.) San Juan, VI, 52.
- (3.) San Juan, X, 10.
- (4.) A Tito, III, 4.

Más puesto que la vida de que hablamos tiene gran semejanza con la vida natural, y como ésta se conserva y reanima por medio del alimento, necesario es sustentarla y fortificarla con un alimento adecuado. Aquí es oportuno recordar en qué tiempo y circunstancias Jesucristo convidó y llevó las almas de los hombres á recibir conveniente y santamente el pan vivo que había de darles. Cuando se extendió la noticia del milagro que había obrado Nuestro Señor á orillas del lago de Tiberiades, multiplicando los panes para dar de comer á la multitud, no fué pequeña la que acudió á El, esperando obtener igual beneficio. Jesucristo quiso aprovechar aquella ocasión, y así como á propósito del agua que iba á sacar del pozo, inspiró á la Samaritana la sed del agua que manará hasta la vida eterna [1,] de la misma manera levantó las almas de la hambrienta multitud hasta hacerles desear vivamente el otro pan que dura hasta la vida eterna [2.]

Jesús insistió, diciéndoles que el pan de que hablaba no era el maná celestial que había alimentado á sus padres en el desierto, ni siquiera el que hacía poco habían recibido de El con admiración, sino que El mismo era aquel pan: «*Yo soy el pan de vida*» [3.] E inculcó largamente á todos la verdad, ya con llamamientos, ya con preceptos. «*Quien comiere este pan vivirá eternamente: y el pan que yo os daré es mi misma carne para la vida del mundo*» [4] y El mismo les ponderó en estos términos la gravedad del precepto: «*En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros*» [5.]

Apartemos lejos de nosotros el error, harto difundido y sobre toda ponderación funesto, de los que piensan que la Sagrada Comunión debe dejarse casi exclusivamente á las almas que, libres de cuidados y teniendo un corazón recto, determinan hallar la paz en la vida religiosa.

La Sagrada Eucaristía, excelente y saludable como ningún otro bien, se ofrece á todos los fieles, cualquiera que sea su condición y categoría social; que quieran, y no hay ninguno que no deba querer, alimentar en sí mismo la vida de la gracia divina, cuyo objeto es llegar al gozo de la vida celestial con Dios. Ojalá que acerca de la vida eterna fuesen rectas las ideas y sabias las providencias de aquellos principalmente cuyo ingenio, industria ó autoridad tanto influyen en los sucesos humanos; más observamos y deploramos que la mayor parte de ellos estiman con orgullo que de alguna manera han difundido al siglo nueva y próspera vida, porque con el

- (1.) San Juan, IV, 27.
- (2.) San Juan, IV, 14.
- (3.) San Juan, VI, 48.
- (4.) Ibid, 52.
- (5.) San Juan, VI, 54.

impulso que le han comunicado le obligan á caminar á grandes pasos hacia la conquista de toda suerte de progresos y maravillosas invenciones. Pues bien, adonde quiera que se vuelve la vista se hallará que la sociedad humana que vive apartada de Dios, lejos de gozar de la tranquilidad apetecible, vive entre angustias y sobresaltos, como enfermo á quien abrasa la calentura, y que anhelando conseguir la prosperidad, ésta se le escapa constantemente de las manos. En efecto, los hombres y los Estados como necesariamente son de Dios, no pueden vivir, moverse y producir obras buenas sino en Dios, mediante Jesucristo, por quien los tesoros más preciosos se han derramado y se derraman sobre el mundo. La principal fuente de todos estos bienes es la Sagrada Eucaristía, porque alimenta y fortifica la vida espiritual, cuya ausencia es tan penosa, y acrece maravillosamente la humana dignidad á que ahora vemos poner tanto precio. ¿Hay algo, por acaso, más excelente y apetecible que ser cuanto es posible participante de la naturaleza divina y cuanto es posible quedar asociado á ella? Pues esto, principalmente, ejecuta por nosotros en la Eucaristía Cristo, Señor nuestro, mediante la cual se abraza y une estrechamente al hombre, encumbrado por la acción de la gracia á la posesión de los tesoros divinos. Pero existe esta diferencia entre el alimento corporal y el espiritual, que mientras aquel se transforma en nosotros, éste nos transforma en sí mismo, á propósito de lo cual San Agustín nos muestra á Cristo hablando de esta manera: «*Tú no me cambias en tí, como el alimento de la carne, sino que serás cambiado en mí.*» [1.]

Este sublime sacramento, el cual suministra á los hombres, en primer término, el medio de participar de la naturaleza divina, es también origen de los mayores progresos en toda clase de virtudes sobrenaturales, y particularmente en la fe. Esta ha tenido adversarios en todo tiempo, porque, si se eleva á los hombres por el conocimiento de las más sublimes verdades, sin embargo, como deja oculto lo que son esas verdades, que la misma fe nos declara superiores á nuestra naturaleza, parece que en este mismo los deprime.

Antiguamente sucedía que se impugnaba á veces un artículo de fe y á veces otro; más con el transcurso del tiempo la guerra ha extendido sus estragos, y ahora ocurre que se niegue todo el orden sobrenatural.

Pues para devolver á las almas la energía y el fervor de la fe, nada hay tan eficaz como el misterio eucarístico llamado con toda propiedad misterio de fe, porque su variedad copiosa de milagros contiene todas las cosas que están por encima de nuestra naturale-

(1.) Confesiones, lib. VII, c. X.

za. «*Memorias dejó de sus maravillas; misericordioso y compasivo es el Señor: ha dado alimento á los que le temen*» (1.) Cuanto Dios ha hecho de sobrenatural lo ha referido siempre á la Encarnación del Verbo, por beneficio de la cual había de restaurarse la salud del género humano, como dice la sentencia del Apóstol: «*Se propuso restaurar en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra*» [2.] Según el sentir de los Santos Padres la Eucaristía debe considerarse como una extensión y continuación de la Encarnación, ya que, mediante ella, la substancia del Verbo hecho carne se une á cada uno de los hombres y el sacrificio del Calvario se renueva por modo admirable, conforme á aquel anuncio del profeta Malaquías [3] *En todo lugar se sacrifica y se ofrece al nombre mío una ofrenda pura.*

Este milagro que es el mayor en su género, va acompañado de otros innumerables, porque en él quedan suspendidas todas las leyes de la naturaleza; la sustancia entera del pan y del vino se convierte en el Cuerpo y Sangre de Cristo; aunque permanecen por virtud divina los accidentes del pan y del vino, sin cosa que los sustente; y el Cuerpo de Cristo está al mismo tiempo en cuantos lugares se tiene el Sacramento.

Por otra parte, y á fin de hacer mayor la sumisión del entendimiento humano á tan grande misterio, el milagro viene como en auxilio de la razón y para mayor gloria de la Sagrada Eucaristía. La Historia registra estos prodigios, ó viven en nuestro recuerdo, y en más de una localidad se conservan notables monumentos que los conmemoran.

Así pues, este Sacramento augustísimo mantiene la fe, alimenta las almas, destruye las invenciones de los racionalistas, y sobre todo, ilustra el orden sobrenatural.

La disminución de la fe en las verdades divinas tiene por origen, no sólo el orgullo, de que hemos hablado antes, sino la depravación del espíritu. Si la experiencia enseña que cuanto mejores son las costumbres de un hombre, más despierto está su entendimiento; sucede por el contrario que la voluptuosidad trae por consecuencia el embotamiento del juicio. En las cosas divinas es donde más se observa cuánto se oscurece con las pasiones la luz de la fe, y cómo consiguen apagarla enteramente por justo castigo de Dios. Pues el deseo insaciable de estas pasiones arde ahora en casi todos los hombres, y como pestífera enfermedad á todos ataca desde los albores de la juventud.

Más la divina Eucaristía suministra un excelente remedio contra este horrible mal, porque en primer lugar, ella refrena la con-

(1.) Salmo CX, 4 y 5.
(2.) Efesos, 1, 9 y 10.
(3.) I, 11.